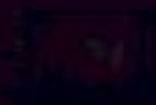


EL QUINTO DÍA

Frank Schätzing



Lo desconocido se rebela. Una lucha contra reloj para salvar a la humanidad, los científicos descubren verdades sorprendentes.

En Perú, un pescador desaparece sin dejar rastro. Entretanto, los expertos noruegos de una empresa petrolífera se encuentran con extraños organismos que ocupan cientos de kilómetros cuadrados del fondo marino. Y en las costas de la Columbia Británica comienza a observarse un inquietante cambio en el comportamiento de las ballenas. Algo ha hecho que las criaturas marinas se vuelvan contra el hombre.

Nada de todo esto parece tener una causa común, pero el biólogo Sigur Johanson sospecha que en estas anomalías hay algo más que una simple serie de coincidencias. Lo mismo acaba creyendo el investigador de ballenas canadiense Leon Anawak, quien llega a una preocupante conclusión: una catástrofe está a punto de suceder, y ésta podría poner en peligro la continuidad de la raza humana.

La búsqueda del origen de esta amenaza enfrentará a los biólogos con sus peores pesadillas.

*Amor, más profundo que el océano.
Para Sabina*

hishuk ish ts'awalk

Tribu de los nuu-chah-nulth,
isla de Vancouver

PRÓLOGO

14 de enero. Huanchaco, costa peruana

Aquel miércoles se cumplió el destino de Juan Narciso Ucañán sin que el mundo se percatara de ello.

Sí lo hizo, sin embargo, unas pocas semanas después, y sin que jamás se pronunciara el nombre de Ucañán. Era uno entre una muchedumbre. Si se le hubiera podido preguntar directamente qué fue lo que sucedió aquella mañana temprano, se habrían encontrado algunos acontecimientos muy similares que tuvieron lugar al mismo tiempo en todo el globo. Y posiblemente el relato del pescador, precisamente porque surgía de su visión más bien simple del mundo, hubiera evidenciado una serie de complejas conexiones que sólo más tarde se confirmaron. Pero ni Juan Narciso Ucañán ni el océano Pacífico frente a las costas de Huanchaco, en el norte de Perú, revelaron nada. Ucañán permaneció tan mudo como los peces que había pescado a lo largo de toda su vida. Cuando finalmente se lo encontró formando parte de una estadística, los sucesos ya habían pasado a otra fase, y las pocas referencias sobre su paradero no revestían mayor interés.

Sobre todo porque ya antes del 14 de enero no había habido nadie que se interesara especialmente por él y por sus problemas.

Así por lo menos lo veía Ucañán, quien no era muy partidario de que Huanchaco se hubiera transformado con los años en un destino turístico internacional, como playa paradisíaca. A él no le servía de nada que unos perfectos desconocidos esperaran que los nativos salieran al mar en arcaicos botes de juncos. Lo arcaico era más bien que toda-

vía salieran. La mayoría de sus paisanos se ganaban la vida en las traineras-factorías y en las fábricas de harina o aceite de pescado, gracias a las cuales Perú, a pesar del descenso de la pesca, seguía encabezando la lista de las naciones pesqueras, junto con Chile, Rusia, Estados Unidos y los principales países asiáticos. A pesar del Niño, Huanchaco se expandía, un hotel pegado al otro, sacrificando sin escrúpulos las últimas reservas de la naturaleza. Al final, todos seguían haciendo de algún modo su negocio. Todos menos Ucañán, a quien casi lo único que le quedaba era su pintoresco botecito, el «caballito», como los maravillados conquistadores llamaron alguna vez a esas peculiares embarcaciones. Pero todo indicaba que tampoco los caballitos iban a seguir existiendo por mucho tiempo.

Al parecer, el milenio que comenzaba había decidido excluir a Ucañán.

Entretanto, él se sentía cada vez más amenazado. Por una parte, por el Niño, que asolaba Perú desde tiempos inmemoriales y del que él no tenía la culpa. Por los ecologistas, que en los congresos sobre pesca excesiva y destrucción de los bosques decían que estaba muy claro que las cabezas de los políticos se daban la vuelta despacio y miraban fijamente a los dueños de las flotas pesqueras, hasta que de repente se daban cuenta de que estaban mirando un espejo. Entonces sus miradas seguían hasta Ucañán, que tampoco tenía la culpa del desastre ecológico. Él no había pedido la presencia de las fábricas flotantes ni de las traineras japonesas y coreanas que, al borde de la zona de las doscientas millas, sólo esperaban encontrar un gran banco de peces locales. Ucañán no era responsable de nada de eso, pero de un tiempo a esta parte, ni él se lo creía, por lo que también se sentía amenazado por su propio sentimiento de culpa, como si fuera él el que sacaba del mar millones de toneladas de atunes y caballas.

Tenía veintiocho años y era uno de los últimos de su especie.

Sus cinco hermanos mayores trabajaban en Lima. Lo consideraban un imbécil porque estaba dispuesto a salir con un bote que era poco más que una tabla de surf, para esperar bonitos y caballas que no llegaban nunca en la inmensidad de las aguas costeras. Solían decirle que no se puede resucitar a los muertos. Pero se trataba de la vida de su padre, que había salido todos los días al mar, a pesar de sus casi setenta años. Al menos hasta hacía unas pocas semanas. Ahora, el viejo Ucañán ya no salía a pescar. Yacía en su casa con una extraña tos y varias manchas en la cara, y parecía perder paulatinamente la razón; Juan Narciso se había emperrado en que podría mantener vivo al anciano mientras mantuviera con vida la tradición.

Desde hacía más de mil años, los antepasados de Ucañán, los yunga y los moche, habían usado botes de juncos, incluso antes de que los españoles llegaran a la región. Habían poblado la zona de la costa desde el extremo norte hasta el sur, hasta la actual ciudad de Pisco, y habían provisto de pescado a Chan Chan, la poderosa metrópolis. En aquel entonces, la región era rica en *wachaques*, pantanos cercanos a las costas, alimentados por fuentes subterráneas de agua dulce. Allí habían brotado grandes cantidades de juncales, y, con ellos, Ucañán y los que quedaban de su clase seguían tejiendo sus caballitos, igual que lo habían hecho sus antepasados. Construir un caballito requería habilidad y serenidad. La fabricación era peculiar: tres o cuatro metros de longitud, con una proa en punta, curvada hacia arriba, y liviano como una pluma; era prácticamente imposible que el hato de juncos se hundiera. En tiempos pasados, miles de ellos habían surcado las olas de la región costera, llamada «pez de oro» porque hasta en los días malos se podía volver a casa con un botín más rico que el que hombres como Ucañán pescaban ahora en sus sueños más osados.

Pero también los pantanos desaparecieron, y con ellos los juncos.

El Niño, por lo menos, era previsible. Cada dos años, por Navidad, la corriente de Humboldt, que normalmente era fría, se calentaba por la ausencia de los vientos alisios y perdía sustancias nutritivas, de tal modo que las caballas, los bonitos y los boquerones no aparecían porque no encontraban nada para comer. Por eso, los antepasados de Ucañán le habían dado el nombre de «el Niño» al fenómeno, en referencia al «Hijo de Dios». A veces, el «Hijo de Dios» se contentaba simplemente con desordenar un poco la naturaleza, pero cada cuatro o cinco años mandaba el castigo del cielo sobre los hombres como si quisiera borrarlos de la faz de la Tierra. Huracanes, aguaceros treinta veces más intensos de lo normal, y mortales aludes de lodo: cientos de personas perdían la vida en ellos. El Niño llegaba y se iba, siempre había sido así. No era que uno pudiera hacerse amigo suyo, pero se podía llegar a un acuerdo con él. Sin embargo, desde que las riquezas del Pacífico sucumbían en redes de arrastre cuyos agujeros eran tan grandes que habrían cabido doce aviones gigantes juntos, ni siquiera las oraciones servían de algo.

«Tal vez soy realmente tonto —pensaba Ucañán mientras la corriente balanceaba su caballito—. Tonto y culpable. Todos nosotros somos tontos porque nos hemos metido con un santo patrono que no hace nada contra el Niño ni contra las asociaciones pesqueras o los acuerdos estatales.

»Antes —pensaba— teníamos chamanes en el Perú».

Ucañán conocía por las leyendas lo que los arqueólogos habían encontrado en los antiguos templos precolombinos cerca de la ciudad de Trujillo, justo detrás de la pirámide de la Luna. Noventa esqueletos yacían allí: hombres, mujeres y niños, muertos a golpes o a puñaladas. En un intento desesperado por detener la irrupción de las aguas del año 560, los sumos sacerdotes habían sacrificado la vida de noventa personas, y el Niño se había ido.

¿A quién había que sacrificar para detener la pesca excesiva?

Ucañán se estremeció ante sus propios pensamientos. Era un buen cristiano. Amaba a Jesucristo y amaba a san Pedro, el patrono de los pescadores. No había ninguna fiesta de San Pedro en la que no estuviera presente con todo el corazón cuando llevaban al santo de madera en un bote de pueblo en pueblo. ¡Y sin embargo...! Por la mañana, todos corrían a la iglesia, pero por la noche ardían los verdaderos fuegos. El chamanismo estaba en pleno apogeo. Pero ¿qué deidad podía ayudarlos cuando incluso el «Hijo de Dios» afirmaba que él no tenía nada que ver con la nueva desgracia de los pescadores, que su influencia se perdía en el caos de las fuerzas de la naturaleza, y que el resto era asunto de los políticos y los grupos de presión?

Ucañán miró al cielo y pestañeó.

Prometía ser un bonito día.

Por el momento, el noroeste peruano tenía un aspecto realmente idílico. Hacía días que no se veía una nube en el cielo. A esa hora tan temprana, los surfistas todavía estaban en la cama. Hacía poco más de media hora que Ucañán se había adentrado en el mar con su caballito por las olas que avanzaban mansas, junto con una docena de pescadores, antes de que apareciera el sol. Ahora, éste salía lentamente tras las montañas neblinosas, y bañaba el mar con una luz color pastel. La inmensidad infinita, hasta ahora plateada, adquirió un tono azul suave. En el horizonte se adivinaban las siluetas de poderosos cargueros que enfilaban hacia Lima.

Ucañán, imperturbable ante la belleza del amanecer, estiró la mano hacia atrás y extrajo el *calca*, la tradicional red roja de los pescadores en caballito, de algunos metros de largo, y provista de ganchos de diferentes tamaños a su alrededor. Examinó cuidadosamente las mallas de trama fina. Estaba en cuclillas, derecho, sobre el barquito de juncos. Los caballitos no disponían de un espacio interior para sen-

tarse, pero sí de un generoso espacio en la popa para los pertrechos y la red. El remo yacía atravesado delante de él; una caña de Guayaquil cortada en dos que ya no se usaba en ninguna otra parte de Perú. Era de su padre. Lo había llevado consigo para que el viejo pudiera sentir la fuerza con la que Juan Narciso lo hundía en el agua. Todas las noches, desde que su padre estaba enfermo, Juan le ponía el remo al costado y la diestra sobre él, para que lo sintiera: la subsistencia de la tradición, el sentido de la vida.

Tenía la esperanza de que su padre reconociera lo que estaba tocando. A su hijo ya no lo reconocía.

Ucañán finalizó la inspección del *calcal*. Ya lo había examinado en tierra, pero las redes eran muy valiosas y merecían toda la atención posible. La pérdida de una red significaba quedarse fuera. Ucañán podía estar en el bando de los perdedores en esa partida de póquer por lo que quedaba de los recursos del Pacífico, pero no tenía intención de perdonarse la menor de las negligencias ni de entregarse a la bebida. Nada le resultaba más insoportable que la mirada de los desesperanzados que dejaban que se les pudrieran los botes y las redes. Ucañán sabía que, si alguna vez encontraba esa mirada en el espejo, se moriría.

Miró a su alrededor. A ambos lados, bien separados unos de otros, se extendía el área de la pequeña flota de caballitos que esa mañana estaban navegando con él, a más de un kilómetro de la playa. Hoy los caballitos no bailoteaban como siempre; casi no había oleaje. Allí fuera se quedarían los pescadores las próximas horas, entre pacientes y fatalistas. Mientras tanto, se habían ido uniendo algunos botes más grandes, de madera, y una trainera que pasó y puso rumbo a alta mar.

Indeciso, Ucañán miraba a los hombres y mujeres que, uno tras otro, deslizaban sus *calcales* al agua, poniendo especial cuidado en amarrarlos con un cabo al bote. Las boyas redondas, rojas, flotaban brillantes en la superficie. Ucañán sabía que ya era hora de hacer lo mismo, pero pensaba

en los días anteriores y no hacía nada más que seguir mirándolos absorto.

Unas cuantas sardinas. Eso había sido todo.

Su mirada siguió a la trainera que se hacía cada vez más pequeña. También ese año estaba el Niño, aunque era relativamente inocuo. Cuando no se desmadraba, el Niño solía mostrar un segundo rostro, sonriente, benévolo. Atraídos por las temperaturas más agradables, grandes atunes y tiburones martillo se extraviaban en la corriente de Humboldt, en la que normalmente no se sentían muy a gusto. Entonces, para Navidad, aparecían magníficas porciones de estos pescados en la mesa. Sin embargo, antes de eso los pocos peces pequeños que había terminaban en el estómago de los grandes, en lugar de en las redes de los pescadores, de modo que no se podía tener todo. Quien en un día como aquél se adentraba más en el mar tenía muchas posibilidades de llevarse a casa uno de los bocados grandes.

Ideas inútiles. Los caballitos no se metían tan adentro. Con la protección del grupo, sólo se arriesgaban a alejarse hasta diez kilómetros de tierra firme. Los caballitos le hacían frente también al oleaje fuerte, simplemente cabalgaban en la cresta de las olas. El problema mar adentro era la corriente. Si, además, el mar estaba rizado y el viento soplaban en esa dirección, había que hacer bastante fuerza para volver con el caballito hacia la costa.

Algunos no habían vuelto.

Derecho como una estaca e inmóvil, Ucañán seguía en cuclillas sobre los juncos entretejidos. A la luz del alba, había comenzado la espera de bancos de peces que tampoco hoy vendrían. Oteó el horizonte del Pacífico buscando la trainera. En otras épocas habría conseguido trabajo sin problemas en alguno de los barcos grandes o en las fábricas de harina de pescado, pero también eso era ya historia. Después de los devastadores embates del Niño a finales de los noventa, hasta los obreros de las fábricas habían perdi-

do su empleo. Los grandes bancos de boquerones no habían vuelto jamás.

¿Qué debía hacer? No podía permitirse ni un día más sin pescar.

«Podrías enseñarles a hacer surf a las señoritas».

Ésa era la alternativa. Trabajar en uno de los innumerables hoteles ante cuyo poderío se inclinaba el viejo Huancho. Pescar turistas. Ponerse una chaqueta ridícula, mezclar cócteles, o arrancarles gritos de placer a las norteamericanas consentidas. Mientras hacen surf, mientras practican esquí acuático, por la noche en sus habitaciones.

Pero su padre moriría el día en que Juan cortara el lazo con el pasado. Aunque el viejo ya no estaba en sus cables, debía de percibir que su hijo menor había perdido la fe.

Ucañán apretó los puños hasta que se le marcó el blanco de los nudillos. Luego alzó el remo y se dispuso a seguir a la trainera perdida a lo lejos, decidido y con todas sus fuerzas. Sus movimientos eran vehementes, bruscos por la furia. Cada vez que se hundía el remo, se agrandaba la distancia con el resto del grupo. Avanzaba rápidamente. Hoy —eso lo sabía— ningún oleaje repentino y escarpado, ninguna corriente traidora, ningún viento fuerte del noroeste iban a obstaculizar su regreso. Si no se arriesgaba hoy, no lo haría nunca. Seguía habiendo atunes, bonitos y caballas en las aguas más profundas, y no estaban ahí sólo para las traineras; también le pertenecían a él.

Al cabo de un rato se detuvo y miró hacia atrás. Huancho y sus casas apiñadas se habían vuelto más pequeñas. A su alrededor sólo había agua. No le había seguido ningún caballito. La pequeña flota había quedado muy atrás.

«Antes teníamos un desierto en Perú —le había dicho su padre una vez—, el desierto del interior. Ahora tenemos dos desiertos: el segundo es el mar que tenemos delante de la puerta. Nos hemos convertido en unos habitantes del desierto que temen a las lluvias».

Todavía estaba muy cerca.

Mientras seguía remando con golpes enérgicos, Ucañán sintió que recobraba la antigua confianza; casi lo embargó el entusiasmo. Se imaginó que cabalgaba sin parar con su caballito por el agua, hacia donde miles de brillantes lomos de plata pasaban disparados bajo la superficie, como cascadas refulgentes a la luz del sol; hacia donde los grises lomos de las ballenas se alzaban de las aguas y saltaban los peces espada. Uno tras otro, los golpes del remo lo alejaban del hedor de la traición. Sus brazos se movían espontáneamente, y cuando por fin dejó caer el remo y se volvió para mirar hacia atrás, el pueblo de pescadores tan sólo era una silueta cuadrada con puntitos blancos alrededor: los hoteles, el moho de la modernidad resplandeciendo al sol y extendiéndose cada vez más.

Ucañán sintió temor. Nunca antes se había aventurado a alejarse tanto; no con el caballito. Era muy distinto tener tablas bajo los pies que tener un estrecho hatillo de juncos, con un pico en punta bajo el trasero. Podía ser que la neblina matutina sobre el pueblo lo engañara, pero seguramente se encontraba a unos doce kilómetros o más de Huan-chaco.

Estaba solo.

Ucañán se quedó quieto un momento. Le dirigió una breve oración a san Pedro, para que lo devolviera a casa sano y salvo y con el bote cargado de peces. Luego aspiró profundamente el aire salado de la mañana, levantó el *calcal* y lo deslizó sin prisa hacia el agua. Las mallas llenas de ganchos fueron desapareciendo en la oscuridad vidriosa hasta que sólo quedó flotando la boya junto al caballito.

¿Qué podía pasar? Hacía buen tiempo y Ucañán sabía dónde estaba. Pocos metros más allá se alzaba desde el fondo del mar un macizo de lava solidificada, una cadena montañosa pequeña y llena de grietas. Las cimas llegaban justo hasta la superficie del agua. Allí habitaban anémonas, moluscos y cangrejos. Una multitud de peces pequeños vi-

vían en las hendiduras y las grutas. Pero allí también iban a cazar ejemplares grandes como atunes, bonitos y peces espada. Para las traineras era demasiado peligroso pescar allí, corrían el riesgo de que los afilados cantos de las rocas dañaran sus embarcaciones y además en la zona no había suficiente para una gran pesca.

Pero para el valiente jinete de un caballito, había de sobra.

Ucañán sonrió por primera vez en todo el día. El bote subía y bajaba. Las olas eran un poco más altas que al lado de la costa, sí, pero se estaba bien en su balsa de juncos. Se estiró y parpadeó mirando al sol, de color amarillo pálido, que había subido por encima de las montañas. Luego volvió a coger el remo y con algunos golpes consiguió llevar su caballito hacia la corriente. Se puso en cuclillas y se dispuso a pasar la próxima hora observando la boya, que bailoteaba sobre el agua, un poco alejada del bote.

Casi una hora después había pescado tres bonitos; gordos y brillantes, yacían sobre un pequeño depósito de la embarcación.

Ucañán se entusiasmó; era mejor que lo que había pescado en las últimas cuatro semanas... De hecho podría haber regresado en aquel momento, pero ya que estaba allí, bien podía esperar un poco más. El día había empezado muy bien, y era posible que terminara aún mejor.

Además, tenía todo el tiempo del mundo.

Mientras el caballito se mecía apacible por los arrecifes, Ucañán le dio más soga al *calcal* y contempló cómo la boya se alejaba dando saltos. Su mirada buscaba continuamente en la superficie del agua las zonas claras, donde las rocas eran más altas. Era importante que mantuviera suficiente distancia para no poner en peligro la red. Bostezó.

De repente notó un leve tirón en la soga, y al instante la boya desapareció entre las crestas de las olas. Luego rea-